



IDEOLOGÍA Y NUEVA DERECHA (y II)

Mencía González Ruiz

En la entrega anterior, se expusieron las principales líneas teóricas que han contribuido a la formulación de una Teoría de la Ideología (véase Laberinto nº1. Octubre, 1999). Se parte aquí, de la consideración de que el individuo (aislado) no es la única fuente, ni siquiera la más importante, de sus propios pensamientos e interpretaciones. La ideología está inserta dentro de un sistema de prácticas sociales, materiales, pero además es algo que está en continua renovación y modificación, a la vez que es resistido y puesto en crítica, en el contexto de unas relaciones de poder. Todo lo cual convierte a la cuestión de las condiciones, bajo las cuales la gente podría darse cuenta, autoconscientemente, de la naturaleza de sus ideologías, su génesis y función social, en un tema de importancia crucial.

A continuación trataremos de caracterizar algunos de los rasgos principales del sistema de significaciones y representaciones, asociados al universo ideológico actualmente dominante. Todo un conjunto de interpretaciones, creencias, ideas y conceptos-fuerza que, instalados en complementariedad con los procesos de acumulación, crecimiento económico y reproducción social, configuran, hoy día, las tramas de las vidas cotidianas de las personas en las sociedades capitalistas avanzadas.

II. ANÁLISIS CRÍTICO DE LA IDEOLOGÍA HEGEMÓNICA DE LA NUEVA DERECHA

En la ruptura efectiva del acuerdo socialdemócrata, el papel desempeñado por la construcción de un nuevo/viejo discurso ideológico ha sido clave. Como contexto la crisis de acumulación del capitalismo avanzado, que se agudizó considerablemente a mediados de los años 70. Los síntomas eran ya familiares: un grave descenso de la tasa de crecimiento que lleva a un crecimiento cero o negativo en algunas naciones capitalistas, un aumento masivo de la inflación, un rápido crecimiento de las tasas de desempleo, la inestabilidad en el sistema monetario mundial de cambio (Berzosa, 1994). Si desde el punto de vista oficial todo parecía estar originado por el considerable aumento del precio del petróleo, sus causas más profundas residen en el funcionamiento normal de la ley del valor en el sistema capitalista mismo, y en las contradicciones de ese modo de producción. Lo que se manifiesta en el agotamiento del modelo industrial y



de consumo fordista¹, en la crisis fiscal del Estado keynesiano (O'Connor, 1981) y en el agravamiento de las crisis sociales y políticas. En efecto, en la última parte de los 60 y principios de los 70 se intensificaron las luchas de clases en muchos lugares, no sólo sobre los salarios individuales y sociales, sino también sobre el control de la producción, el medio ambiente, la comunicación, la educación, la libertad de acción, igualdades de todo tipo, apostando por un modo de vida diferente, por una reorientación cualitativa frente a la idea de modernización sin fin o crecimiento sin límites (Alonso, 1992). Movilizaciones que añadidas a la presión sobre la tasa de beneficios, condicionaban la forma de reestructuración del capital.

La crisis afectó a todos los países capitalistas sin excepción, siendo sus efectos especialmente visibles en los sectores industriales. Pero su gravedad y consecuencias han variado de unas regiones a otras, dependiendo del modo en que históricamente se inserta en un sistema capitalista mundial caracterizado por un desarrollo desigual. Por ejemplo, los problemas a los que se enfrentaron países metropolitanos como Gran Bretaña, EE.UU., Alemania y Japón son singulares comparados con los países de status semi-periféricos, tales como Canadá, Australia, Nueva Zelanda, África del Sur y parte de América del Sur; estos últimos, además, varían de los que han tenido lugar en la periferia del Tercer Mundo. Asimismo, estas diferencias se complican por variaciones políticas y culturales importantes, que dan lugar a diferentes muestras de organización y alianzas políticas, según la fuerza de las tradiciones tanto radicales como conservadoras frente a las del liberalismo (Sharp, 1984). Aunque importantes, centraremos la atención en las limitaciones estructurales producidas por una crisis de acumulación a la que se enfrentó el capital, ya sea británico, norteamericano, australiano o multinacional, y que debían ser superadas para conservar el control y alcanzar finalmente una nueva fase de reproducción ampliada. Las exigencias del capital eran básicamente: reducción de costes laborales, esto es, disminución de los salarios de la clase obrera e intensificación de la tasa de explotación, que libere una mayor plusvalía para el capital, y erradique el capital desvalorizado. Esto se lograría mediante:

- Una reconversión tecnológica, a través de una desindustrialización rápida, una reorganización del proceso de trabajo (integración y flexibilidad), y una aceleración del proceso de concentración y centralización por la vía de quiebras, fusiones y absorciones. En suma, racionalización y modernización. A nivel mundial, esto significará una reasignación geográfica de parte de los procesos de producción, hacia zonas en donde las circunstancias sociales y políticas locales crean condiciones más favorables para la acumulación.

- Una recomposición del gasto público, incluido el recorte del salario social, a través de impuestos regresivos, desgravaciones a la inversión y a la exportación y reducción en los impuestos sobre sociedades. En esta crisis, esto también se asoció a la reprivatización de sectores de la economía capaces potencialmente de una adaptación a la forma de mercancía: sanidad, educación, servicios telefónicos... todo ello en línea con las famosas políticas de ajuste positivo aconsejadas por la OCDE.

Ninguno de estos cambios pudo ser orquestado sin disciplinar a la fuerza de trabajo. De hecho, la salida de la crisis ha tenido como consecuencia un enorme cambio en la estructura social, su "fragmentación", tras la acelerada reestructuración de la fuerza de

¹ El "fordismo" hace referencia a un sistema de regulación social que implica, por un lado, el consumo generalizado y, por otro, una relación salarial que lo haga posible (Aglietta, 1986).

trabajo y su ejército de reserva, mediante una intensificación de las divisiones horizontal y vertical, en particular las que se relacionan con la renta, habilidad, distinciones étnicas y sexuales, y mediante el debilitamiento y desorganización de las tradicionales fuerzas sindicales. Los niveles de desempleo sin precedentes, la precariedad y subempleo, la degradación de los niveles de vida de la clase obrera, un progresivo desmantelamiento del salario social en la mayoría de los países capitalistas, son todos ellos testimonio de cómo la reestructuración se llevó a cabo.

En el cambio fundamental en los objetivos, en los instrumentos y en el estilo mismo de ejecutar la política, los aspectos esenciales que se generalizaron entre los gobiernos occidentales, permaneciendo en lo fundamental desde entonces, han sido: el fin de las políticas de pleno empleo, la contención del gasto público por la vía de la reducción de las políticas asistenciales y la puesta en marcha de una política monetaria conservadora. Esto significó una realineación de los modelos de clases tradicionales y otras alianzas, y una desarticulación y rearticulación del discurso político popular. Todo lo cual es de suma importancia para comprender por qué el nivel de resistencia popular a las medidas encaminadas seriamente a atentar contra los niveles de vida, viene siendo tan débil.

Neoliberalismo	Neoconservadurismo
<i>Gobierno mínimo</i> <i>Laissez faire</i> <i>Sociedad de mercado</i> <i>Libertad de elección</i> <i>El individuo</i>	<i>Gobierno fuerte</i> <i>Autoritarismo social</i> <i>Sociedad disciplinada</i> <i>Jerarquía y subordinación</i> <i>La nación</i>

La Construcción del Discurso de la “Nueva Derecha”

La crisis de los 70 acentuó las críticas al Estado Benefactor e incentivó el desarrollo de las propuestas monetaristas frente al keynesianismo. Este movimiento ideológico, caracterizado esquemáticamente como Nueva Derecha, sirvió como marco referencial para la justificación de las políticas puestas en práctica por los gobiernos conservadores de Reagan, Thatcher, Köhl, Nakasone... y respectivos sucesores. Como toda etiqueta, la expresión Nueva Derecha no da cuenta de una multitud de matices, ni comprende todas las teorizaciones que se le adjudican. Más bien es en el plano de las políticas concretas donde encontramos los rasgos configurativos de su identidad, pues desde el punto de vista teórico, ciertamente no parece aportar nada nuevo. Su éxito relativo reside en la adecuación de los programas políticos a los intereses de las fracciones burguesas dominantes en los países centrales. Pero, como sabemos, este éxito no está garantizado de antemano, pues depende de la resistencia de las fuerzas sociales organizadas en el contexto histórico.

Por otro lado, las políticas de la Nueva Derecha efectivamente puestas en práctica se dan dentro de un amplio espectro, que sería erróneo limitar a administraciones conservadoras. Muchas medidas tomadas por gobiernos socialdemócratas serían perfectamente compatibles con los esquemas de eficacia de la Nueva Derecha. Tómese como ejemplo cercano los programas de liberalización económica que se desarrollaron en los sucesivos gobiernos socialistas en España.



Tampoco hay consenso sobre qué es nuevo en los sectores políticos tradicionalmente considerados de derecha². En cualquier caso, lo importante aquí es observar que la estructura del modo de producción capitalista sólo genera y permite que emerjan y entren en relación dialéctica ciertos modelos del discurso ideológico, de modo que no peligre el proceso de acumulación.

En cuanto a la construcción del discurso político de la Nueva Derecha parece claro que se establece a partir de la conciliación de las corrientes neoliberal y neoconservadora. Belsey³ establece dos tipos ideales de principios, en orden de prioridad, sobre los cuales se construye su discurso político:

En el centro del neoliberalismo, el homo economicus, el individuo privado, autónomo y emprendedor, que elige libremente entre una gama de alternativas para maximizar su utilidad en el mercado. Reafirma la libre empresa, la inviolabilidad de la propiedad privada y el Estado no intervencionista. Por su parte, el neoconservadurismo forja una unión entre la fría racionalidad del homo economicus capitalista y las tradiciones pre-capitalistas, afirmando a la familia, la religión y la nación, principios de no-mercado que pueden cohesionar a la multitud de actores económicos atomizados y privatizados que el vaivén del mercado produce. Reafirma los viejos valores contra todas las formas de permisividad e indisciplina. De forma que, por poner un ejemplo, mientras un enemigo principal del neoconservadurismo pudiera ser el sexo, no sucede así con el neoliberalismo, que tiende a su mercantilización.

Visto el carácter antitético de los principios presentados en el cuadro precedente, parecería difícil encontrar una conciliación o síntesis en la ideología de la Nueva Derecha. Pero tengamos en cuenta que una ideología no representa necesariamente un corpus coherente de pensamiento, ni su representación intelectual se plasma puntualmente en todos y cada uno de los actos políticos de quienes la sustentan. Además, en el campo de la práctica política las bases del consenso se asientan apelando a un discurso dúctil, flexible, a veces contradictorio, para que sus componentes puedan presentar un espacio de coincidencia entre sectores enfrentados. Esto es doblemente cierto en épocas donde, ante la crisis de acumulación –o su amenaza, por no suscribir los dictados del capitalismo mundializado–, lo que se trata es de cuestionar al Estado del Bienestar y sus políticas redistributivas.

Crítica al Estado de Bienestar: Individualismo y Mercado

Desde que se pusieran en marcha los programas de privatización y desregulación, y se generalizara el fin de las políticas de pleno empleo entre los gobiernos occidentales, hemos presenciado una progresiva reconversión del papel del Estado. El argumento apela a que el mercado debe sustituir a la política, y con ello el monetarismo al keynesianismo, y en fin, el Estado mínimo al Estado intervencionista. La propuesta es, primero, devolver al individuo el protagonismo en las decisiones económicas y sociales

² Así, si algunos autores restringen la Nueva Derecha exclusivamente al neoliberalismo, cuyas fuentes ideológicas son Adam Smith, Tocqueville, Schumpeter, Hayek, Friedman y Keith Joseph, otros autores cuestionan hasta qué punto ésta difiere de las tendencias del populismo autoritario que consiguieron un gran auge en algunos de los países capitalistas durante la Gran Depresión.

³ Cuadro tomado de Morgenstern (1987).



que le conciernen y, segundo, garantizar la eficacia de las instituciones públicas, erosionadas por el despilfarro del Estado Benefactor.

En efecto, el Estado de la post-crisis ha privilegiado su función de garantizar las condiciones de acumulación sobre su otra función básica, la de legitimación. No se trata de que la necesidad de legitimar el orden social haya desaparecido o de que juegue un papel subalterno. La tendencia perfilada ha sido que la desorganización de las clases subordinadas, en parte producto del propio modelo de acumulación que lanza al paro o al subempleo a una parte considerable de la fuerza laboral, las descoloca como sujetos políticos capaces de exigir al Estado la satisfacción creciente de sus necesidades. En este contexto, Alonso (1992) destaca la escasez de movilizaciones a lo largo de los años 80 –añadamos, y a lo largo de los años 90-, consistentes la mayoría de las veces en simples “iniciativas ciudadanas” con un carácter de “movimientos de problemas”:

“A una sociedad fragmentada y en plena desregulación, formalmente anti-keynesiana y neoliberal -privatización y precarización- le corresponde unos movimientos defensivos muy fragmentados también, donde se mezclan características cuasi-adsriptivas (juventud, vejez, sexo, raza, etc.), con planteamientos políticos generalistas que son capaces de darle un soporte universalista a los planteamientos expresados particularmente, englobándose así problemáticas concretas en frentes como el de los derechos humanos, el antiextremismo, el pacifismo, el ecologismo, etc. Muchas veces se emplean medios políticos universalistas (movilizaciones generales, huelgas, manifestaciones) para conseguir unos fines económicos y sociales concretos (pensiones, reivindicaciones estudiantiles, acciones contra agresiones al medio ambiente, etc.)”

De este modo, la legitimación se encamina por otros cauces; no es ya la democratización de las instituciones o la extensión asistencial, se trata de justificar otra racionalidad más acorde con la crisis, y más particularmente, con la “crisis del empleo”: la rentabilidad de los servicios y la validez moral de la competencia y del esfuerzo individual.

El nuevo *Robinson Crusoe* es el sujeto de la Escuela Marginalista Austríaca, corriente explícitamente reconocida como fuente de inspiración para los neoliberales. Hayek llevará el planteo mucho más lejos. Es el mercado el que constituye “un mecanismo de ordenación”, que a través de ciertas señales induce a los hombres a adaptarse a hechos que ellos no conocen. El carácter teológico del mercado tiene como contrapartida a un individuo solo y aislado, que no puede recibir ayuda de otros individuos ni del Estado, porque ello constituiría una interferencia. Nada parecido a una justicia redistributiva puede aplicarse; ésta no tiene cabida dentro del proceso impersonal y abstracto en base al cual el mercado asigna bienes y servicios, premia o castiga. La redistribución de ingresos, en última instancia, sería antinatural, coercitiva y conduciría al socialismo.

Dentro de esta línea de razonamiento, la crítica al Estado de Bienestar apuntó a los excesos de la democracia, en el sentido de favorecer la *igualdad de condición* en vez de **la igualdad de oportunidades**⁴. El mercado nunca puede producir la primera mientras

⁴ Aunque como prueba Torres (1995) resulta sorprendente que se mantuviese que a lo largo de los años de Estado de Bienestar las sociedades occidentales alcanzaran niveles de igualdad muy elevados (y menos que fuese un factor desestabilizador del crecimiento). En las economías occidentales de finales de los 70



que, por el contrario, se presupone que ofrece naturalmente la segunda. En última instancia, aunque todos pueden participar en la carrera de la vida, la competencia conlleva la necesidad de la existencia de ganadores y perdedores.

En el terreno de la práctica política, en la medida en que se muestra un escaso interés por llevar a efecto actuaciones de discriminación positiva que tiendan a mitigar las carencias sociales o físicas, el problema se redefine en términos del individuo abstracto, no de la identidad individual dentro de una clase, grupo étnico o género. Se construye así un sencillo argumento que conduce, por ejemplo, al Nobel de Economía Milton Friedman a solicitar que “en el actual debate sobre la privatización de la Seguridad Social se preste más atención a los *principios fundamentales* (su supresión) en lugar de insistir en sus aspectos prácticos” (El Mundo, Febrero 1999), pues según postula este influyente economista, la responsabilidad de ahorrar para la vejez o una asistencia sanitaria es un asunto individual que no le compete al Estado, sino más bien hay que dejar que sea el ciudadano quien decida si quiere garantizarse un futuro tranquilo a través de una aseguradora privada o gastarse en el día a día la totalidad de su salario y vivir luego escarbando las basuras. Y no obstante, la Nueva Derecha ha venido tomando debida cuenta de que en esa operación de aislamiento reside una de las claves del apoyo electoral por parte de los sectores menos vulnerables al desmantelamiento de la asistencialidad. En otras palabras, para contrarrestar una política de desintegración social, se exalta o culpa al individuo aislado.

Pero en realidad, en el capitalismo tardío, la ideología del individualismo ha llegado a ser autocontradictoria, sobrepasando su utilidad como fuente de integración económica y social. La individualidad burguesa clásica, basada en la propiedad, es hoy inconcebible, dado el desarrollo y concentración del gran capital y la masificación del trabajo asalariado. Según O'Connor,

“El individuo moderno es muy diferente, está segmentado en cuatro roles claves: a) como propietarios de su fuerza de trabajo; b) como poseedores de un empleo; c) como portador de determinadas necesidades; y d) como elector o votante con unos derechos definidos muy abstractamente. Cada uno de esos roles se subdivide a su vez en pequeñas abstracciones que generan necesidades que justifican la existencia, pero que al mismo tiempo se convierten en demandas sociales difíciles de satisfacer.”

Así, en una sociedad de consumo, con una cultura del narcisismo, las ideologías del individualismo llegan a resultar muy caras y difíciles de solventar, porque los diferentes componentes ideológicos de los roles entran en conflicto entre sí, constituyendo un obstáculo para la continua acumulación del capital. La gran paradoja del capitalismo es que no puede mantener las aspiraciones de sus “individuos”, y al mismo tiempo no puede destronar a las ideologías individualistas sin minar la legitimidad del orden social.

La tesis de O'Connor apunta a mostrar que las ideologías del individualismo no

el 30% de las familias más ricas tenían prácticamente el 50% de la renta, mientras que el 30% más pobre disfrutaba tan sólo entre el 10 y el 15%. A finales de los 80, en pleno desarrollo de las políticas neoliberales/conservadoras, las estadísticas indicaban que el 1% de la población más rica poseía el 32% de la riqueza en Inglaterra, el 28% en Bélgica y Alemania, el 25% en Dinamarca y EE.UU., el 20% en Canadá, el 19% en Francia y el 16% en Suecia.



constituyen un mero instrumento en manos del capital. Por el contrario, destaca el hecho de que cada ideología ha creado un espacio de contestación entre el capital y el trabajo que hace muy costosa la reproducción de la fuerza de trabajo. Si a ello se unen las presiones ejercidas por grupos ecologistas, feministas, antirracistas... se comprende que el programa neo-conservador se esfuerce por desarrollar una intervención política encaminada a revitalizar y mantener las condiciones más favorables para la acumulación de beneficios, no ya en un sentido económico restringido, sino también reorganizando instituciones fundamentales como la familia y la escuela. Pero en este aspecto los principios encontrados del neoconservadurismo y el neoliberalismo también requieren de un campo de confluencia: la necesidad inapelable de restaurar la disciplina social.

La apelación al pasado, junto con la incentivación del orgullo nacional, tiene un doble objetivo. Por una parte, se busca contrarrestar la reducción de las aspiraciones individuales, cuya plena satisfacción constituye un obstáculo a la acumulación, a los efectos de conformar una identidad cuyo destino tiene que percibirse indisolublemente unido al viejo o al nuevo imperio. Por otra parte, se ve la enseñanza de la Historia como formación en los principios políticos de orden y tradición.

Dentro de las tradiciones a rescatar, la autoridad de la familia ocupa un lugar destacado. El control social por la familia, será funcional al sistema para prevenir de los conflictos sociales e individuales que aquejan a la sociedad. En la medida en que la familia surge de “una necesidad natural”, el vínculo no es voluntario, sino que deriva de la dependencia del niño. Por esta razón, la estructura jerárquica también se da como naturalmente establecida, y junto con ella la asignación biológica de los roles de género: las mujeres confinadas a la maternidad y los hombres, jefes de familia, sostenedores del hogar. En síntesis, el carácter jerárquico y patriarcal lo impone la naturaleza, y como todas las cuestiones que van contra la naturaleza resultan en perversiones (sexuales o sociales), la estructura básica de la familia nuclear debe ser preservada.

También en temas como el de la familia sería necesario matizar las posiciones de los neoliberales, quienes en principio deberían rescatar los derechos a la privacidad y libertad individual, frente a las campañas contra el aborto, la libertad sexual, la pornografía, etc. Pero nuevamente, el tema es mucho más complejo, y de hecho suelen abstenerse de intervenir porque el núcleo de la “defensa de la familia” reside en el carácter disciplinario que le asigna la Nueva Derecha, como instancia primaria de la socialización en la obediencia. Y, como es fácil deducir, este carácter disciplinario es altamente funcional en la conformación de la personalidad del futuro productor. De este modo el Estado minimiza su control directo delegando en la familia individual parte de la preparación de las condiciones para la reproducción de la fuerza de trabajo. Es en este contexto, como se entiende mejor el proceso de privatización de la educación, situación que refleja la tendencia general a la privatización de los medios de coerción en el capitalismo corporativo⁵.

Por lo demás, no hay que olvidar que precisamente las “estrategias familiares” desarrolladas ante los cada vez más elevados niveles de paro y precariedad en el empleo han resultado ser un excelente colchón frente a sus más graves consecuencias. Paro y

⁵ Según señala O'Connor, en los EE.UU. la desregulación también se convirtió en el código para despolitizar la sociedad, pues los cuerpos reguladores vinculados a los servicios sociales, fueron el resultado de luchas populares, a la vez que ofrecían un espacio para el desarrollo de los movimientos sociales



precariedad, que dicho sea de paso, también se ven “naturalizados” bajo el discurso neoliberal.

El poder de la ideología neoliberal-conservadora

El poder de este discurso reside en su habilidad de concordar con la experiencia de la gente, proporcionando una confirmación de la misma. La Nueva Derecha se apropia de necesidades y aspiraciones profundamente sentidas, ofrece ideales que trascienden a la guerra de todos contra todos en el mercado, y da significado a frustraciones generalizadas y muy reales. Poco importa si el discurso es internamente contradictorio y está compuesto de una serie de separaciones incompatibles. Puesto que la vida es una vida de contradicciones y separaciones. La experiencia de la gente bajo el capitalismo está dividida. La realidad de la frustración, dependencia e impotencia en el trabajo está compensada por la sensación de poder y autonomía en el ámbito del consumo, por una “libre elección sobre el ocio y sobre cómo consumir”. La gente sabe lo que quiere.

Los impuestos son una limitación de la libertad personal en la esfera del consumo y parece que proporcionan la base de una expansión sin fin del gasto estatal. A nivel de la realidad visible, el gasto del Estado no parece hacer mucho más que alentar el mantenimiento de una burocracia creciente interesada en sí misma -los “peces gordos” de la administración civil-. El Estado se identifica con la ineficacia, con la regulación burocrática, con la corrupción. La experiencia cotidiana confirma la lejanía del Estado, su aparente inaccesibilidad al control popular democrático, que ha marcado el desplazamiento del poder hacia el ejecutivo. La atomización y la impotencia que caracterizan las vidas de los individuos y que la vida diaria confirma, están desarticuladas de su fuente en las relaciones de producción capitalista y reconstituidas como un antagonismo entre el individuo y el Estado. Ello requiere una restricción de este último, lo que se justifica como algo económicamente necesario y moralmente deseable. La revuelta fiscal tiene así un fundamento real.

Además, el declive económico –no sólo nacional, sino también personal- es visto, en cierto modo, como casualmente relacionado con el retroceso de los valores tradicionales asumidos por la familia burguesa y apoyados por la misma. La decadencia de la familia puede estar ideológicamente relacionada con la provisión de bienestar por parte del Estado, con los cambios de los papeles tradicionales de los sexos, con el incremento de la incorporación de mujeres al mercado de trabajo, y con la tendencia a la permisividad sexual que se traduce en abortos, promiscuidad, homosexualidad y divorcio. Tal visión, y la reafirmación de los valores tradicionales, tiene sentido para los que consideran la familia como una defensa contra el egoísmo desnudo y la inseguridad personal.

Finalmente, la reaparición e intensificación del mito secular del nacionalismo tiene lógica para aquellos cuya vida cotidiana hace continuamente creíble la tesis de que cada uno se las arregla por su cuenta: de aquí la llamada al discurso nacionalista, de que debemos hacer sacrificios, aunar esfuerzos por el bien nacional, comprar productos nacionales... Al mismo tiempo, proporciona la base para atacar el poder de los sindicatos, que “siempre están en huelga” y que socavan el interés nacional...

Ahora bien, cualesquiera que sean las clases y fracciones de clase cuyos intereses



reales son alentados por el aumento del auge de los programas conservadores/neoliberales, la cuestión es que su atractivo electoral para las masas y la base social de su apoyo reside en los fundamentos reales de la vida cotidiana bajo el capitalismo. No se impone “desde arriba”, como podría implicar una teoría de la conspiración, sino que resuena con ansias desde abajo, desde las contradicciones de la experiencia de la gente inherente al tejido social del capitalismo. Además, ha conseguido incluso apartar a sectores importantes de la clase obrera y de la pequeña burguesía de su lealtad tradicional al reformismo socialdemócrata. De esta forma, la vida política se reorganiza bajo su bandera.

Con todo, sería erróneo pensar que se implantó a raíz de las primeras victorias electorales de las administraciones conservadoras. En cada país y a nivel mundial, la transición fue mucho más lenta, y en el proceso diversos grupos intelectuales, especialmente de Inglaterra y EE.UU., prepararon las condiciones para generar un proyecto cultural alternativo⁶. Otro error consistiría en pensar que este movimiento ideológico se implantó o se mantiene sin conflictos. Ninguna ideología, ni siquiera la hegemónica, cubre todo el espectro social, y tampoco deben ser ignoradas las resistencias y negociaciones que en una sociedad democrática supone la puesta en marcha de las políticas efectivas.

No en vano, aunque no ha sido posible especificar en detalle los argumentos sobre cómo y por qué el capitalismo es un sistema basado en la dominación de clases e incapaz de cumplir sus promesas -ni a nivel nacional ni, por supuesto, a la macro-escala del globalizado capitalismo-, la evidencia de su fracaso es manifiesto para todos los que quieran verlo. A pesar de que insistan en la validez de sus principios económicos, en la conveniencia de extenderlos y en la imperiosa necesidad (en plazos de Maastricht) de convertirlos en criterios rectores de la vida política y social, creando en todo el mundo macro-mercados de alcance continental...

⁶ Stuar Hall sostiene que “antes de la crisis orgánica que presentaba la sociedad británica, la Nueva Derecha se erigió como fracción hegemónica en el seno del nuevo bloque histórico, en un esfuerzo que no fue meramente defensivo, sino formativo de nuevas filosofías y discursos, de nuevas configuraciones sociales y políticas, que apuntaban a desarticular las viejas formaciones ideológicas”.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso, Luis Enrique (1992): "Postfordismo, Fragmentación Social y Crisis de los Nuevos Movimientos Sociales". Sociología del Trabajo, nº 16. Madrid.
- (1994): Historia del Consumo en España.
- Goodwin, Barbara (1988): El Uso de las Ideas Políticas. Edic. Península. Barcelona.
- Gough, I. (1982): Economía Política del Estado de Bienestar. Madrid.
- Morgenstern, Sara (1987): "Crisis de Acumulación y Respuesta Educativa de la Nueva Derecha". Revista de Educación, nº 283. Madrid.
- O'Connor, J. (1981): La Crisis Fiscal del Estado. Península. Barcelona.
- Ortí, Alfonso (1994): "La Estrategia de la Oferta en la Sociedad Neoliberal de Consumo: Génesis y Praxis de la Investigación Motivacional de la Demanda". Política y Sociedad, nº 16. Madrid.
- Riera, Miguel (1999). "Un Nobel catalán". El Viejo Topo, nº 126, Febr.
- Sharp, Rachel (1984): Conocimiento, Ideología y Política Educativa. Akal. Madrid.
- Torres López, Juan (1984): Desigualdad y Crisis Económica. El Reparto de la Tarta. Editorial Sistema. Madrid.